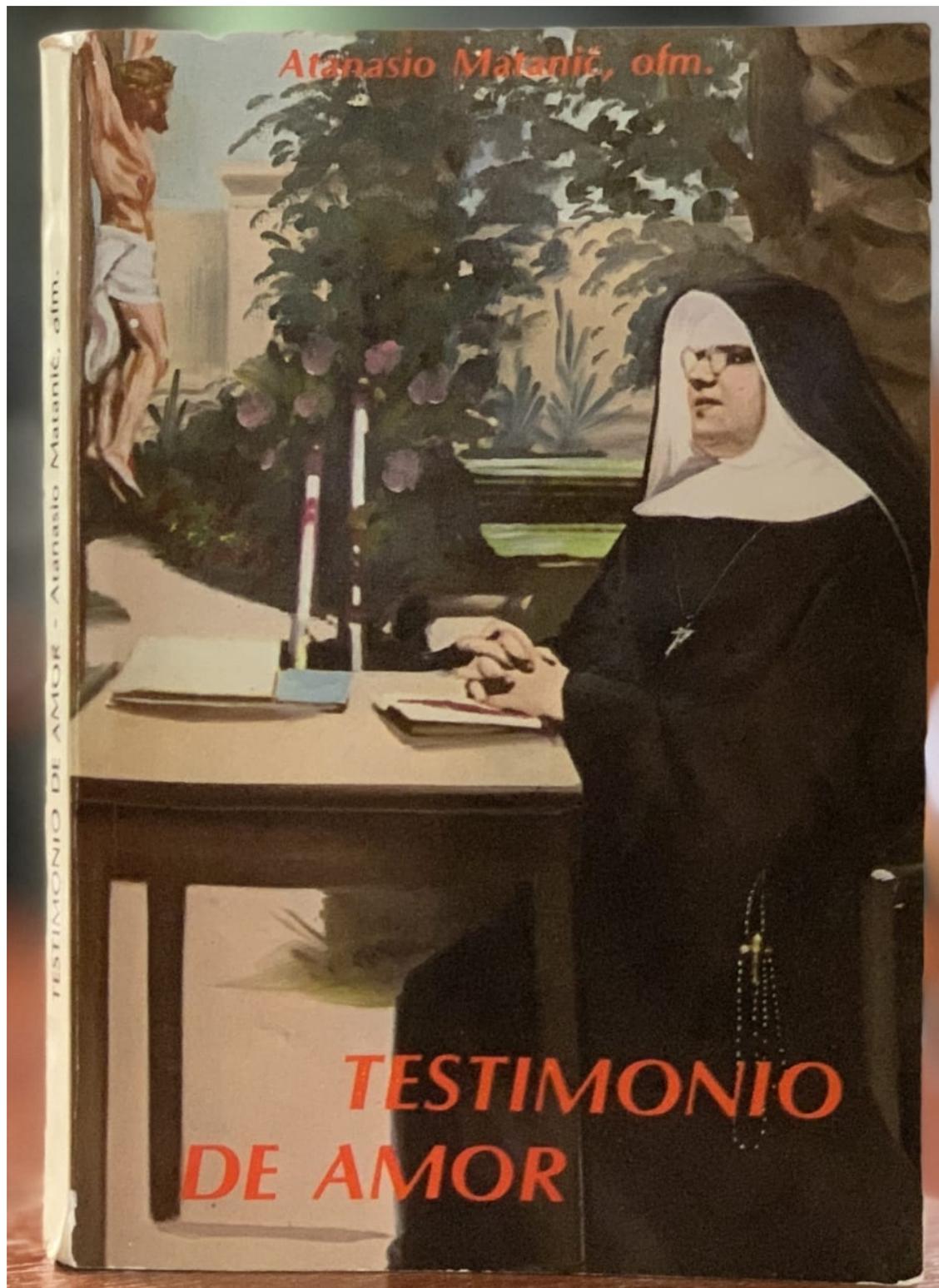


Centenario de la Congregación
"Hijas de la Misericordia de
la Tercera Orden Regular de
San Francisco.

1920 - 2020



Capítulo I



Capítulo I

EN LA CASA PATERNA

“Oh bondad y generosidad de Dios que la había rodeado desde la infancia y le había dado padres tan buenos como custodios y educadores para que la guardaran inocente para El, castísimo amante celestial; para que la educaran en la caridad hacia los más desdichados; para que la incitaran a la práctica de la sencillez y de la laboriosidad...” (Ap. Aut., pp. 7-8).

1. NACIMIENTO DE MARIA

María Petković Kovač vio la luz un sábado, el 10 de diciembre de 1892, cuando el calendario litúrgico designaba ese día a la memoria de nuestra Señora de Loreto. Nació en Blato, isla de Korčula, en la parroquia más populosa de la diócesis de Dubrovnik, que tenía casi diez mil habitantes y era, además, el municipio más extenso del distrito de Korčula. Como todas las regiones croatas hasta 1918, la isla pertenecía al imperio austro-húngaro.

No obstante ser el centro más importante de la isla, Blato era considerado un municipio completamente agrícola y la mayor parte de las tierras estaban en poder de unas pocas familias pudientes e instituciones religiosas. A una de esas familias acomodadas pertenecían los Petković Kovač.

Según asegura María, en las tierras de sus padres trabajaban hasta setecientos aparceros. La situación socio-económica determinaba la actitud religiosa y política de los moradores. No faltaban los resentimientos de agricultores y de pequeños propietarios hacia las autoridades civiles y religiosas, que desembocaban con facilidad en contiendas y litigios de aldea. En las notas biográficas de nuestra protagonista se encuentran los ecos de tales conflictos, y en modo particular de la rebelión del año 1912, entre gran parte de los propietarios, incluidos los Petković Kovač y sus parientes Kunjašić, y el

obispo de Dubrovnik. María, joven de veinte años, hizo de intermediaria, en esa ocasión, entre las dos partes ¹.

La primera guerra mundial tuvo tristes consecuencias en todas las regiones de Croacia, y también en la isla de Korčula. Jóvenes y adultos dejaron sus hogares para ir al frente. Muchos no regresaron. El descalabro económico fue general: falta de mano de obra, abandono de los campos, viñedos sin cultivar y olivares sin vida. Se propagaron las enfermedades de las cuales queda todavía, como infausta memoria, la gripe de los años 1917-1918, llamada “española”, que alcanzó inclusive a los animales. Se comprende, pues, que precisamente en Blato, con población densa y sobre todo agrícola, hubiera gran número de huérfanos que, de una u otra forma, necesitaban de ayuda. En los escritos de María Petković se hallan testimonios conmovedores que explican, por lo menos en parte, la vocación y la misión de la futura fundadora de las “Hijas de la Misericordia”, al mismo tiempo que ayudan a entender la historia de Blato y de la isla de Korčula.

En Blato, desde los tiempos remotos hasta hoy, existe la única parroquia dedicada a “Todos los Santos”, donde, comúnmente, trabajan el párroco y dos capellanes. Numerosas eran las vocaciones sacerdotales y religiosas.

Conforme a esa tradición vocacional, los párrocos y los capellanes, estrechamente unidos, oriundos de esta ciudad, eran los que ejercían el ministerio pastoral. Hasta hace poco tiempo la casa parroquial fue la misma casa natal del párroco. Salta pues a la vista que esta situación presente varios aspectos positivos y negativos debido a los lazos demasiado estrechos de parentesco y a los compromisos sociales, económicos y políticos. Todo lo anterior perjudica al sacerdote en sus relaciones con los feligreses.

2. FAMILIA Y CASA PATERNA

A los doce días de su nacimiento, el 22 de diciembre de 1892, María fue bautizada por el párroco don Juan Seman, gran amigo de la familia, rica no sólo en bienes materiales, sino, también, por el número de sus miembros. Su padre, Antonio Petković Kovač, al enviudar de la primera esposa, contrajo nuevas nupcias. De la pri-

mera esposa tuvo dos hijas: Elena y Catalina, y de la segunda, María Marinović; once hijos, de los cuales tres murieron en muy tierna edad. Así, pues, en la familia crecieron diez hijos: seis mujeres y cuatro varones. María ha sido octava con respecto al padre y sexta por parte materna.

La casa paterna estaba a cincuenta metros de la iglesia parroquial. Más tarde, ya mayorcita, María podría frecuentar sin ser observada la iglesia y visitar a Jesús Sacramentado. Con el tiempo el padre aumentará las posesiones y llegará a construir una casa para cada hijo.

En los *Apuntes Autobiográficos*, María narra de manera muy bella e interesante el ambiente familiar y la educación recibida. “En casa —afirma— se vivía como en un convento”. Los elogios para los padres, especialmente para el papá, son muy sinceros. Este era para los hijos —escribe María— algo sagrado y de sí misma dice que, después de Jesús, era al papá a quien más amaba. Por este amor, y por un cierto temor, le ocultaba la vocación religiosa que abrigaba. A sus ojos, el padre era muy sencillo y compasivo con los pobres.

María asegura que su padre practicaba en alto grado la justicia, el amor y la misericordia. Su gran fe iba unida a las obras y se manifestaba sobre todo en la oración frecuente y constante y en el cumplimiento de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia. Los pobres y los colonos le correspondían con gratitud porque él los amaba y se interesaba por ellos. Era callado, tranquilo y de pocas palabras. Con serenidad administraba sus cuantiosos bienes. Cuando María, de apenas trece años, se iba alegre con él a la campiña de Bábina, rezaban juntos o en silencio el Santo Rosario para luego terminar con la lectura de un pasaje de la Sagrada Escritura. Veía en su padre a un santo viviente, bueno y misericordioso. El fue, después de Dios, su ideal. Fue un varón sencillo y cabal, como el oro puro... ².

De su madre, María afirma que era una mujer muy piadosa que educaba a sus hijos en el temor de Dios y en la santa inocencia, en la disciplina y en las virtudes, en la sencillez, humildad, abnegación de sí mismos y en el trabajo. Sobrevivió varias décadas a su esposo y fue testigo de la entrada de María en el convento, a lo que se conformó no tanto porque fuera su voluntad, sino por aceptar la de Dios.

Para María fue fácil comparar la casa de sus padres con el convento, también por la frecuencia con que los religiosos de varias órdenes, que iban a Blato para ejercer el ministerio sacerdotal o para pedir limosna, se hospedaban en su hogar.

Por voluntad del abuelo paterno, Francisco, las puertas de las casas de los Petković, siempre estaban abiertas a los franciscanos, a los dominicos y a otros religiosos que encontraban una hospitalidad cómoda y cordial, “en la que se sentían como en el convento”. María recuerda con satisfacción estas frecuentes visitas y dice que, de niña, “jugaba con ellos, pero que, más tarde, ya mayorcita, impresionada por las virtudes que veía en ellos, escuchaba con atención las palabras que le dirigían”³.

Ese lazo de familia, en especial el de los franciscanos, con el pasar del tiempo se volverá aún más íntimo y personal, por haber pertenecido a la Tercera Orden Franciscana y explicará, además, la importancia que tuvo en la elección definitiva del “franciscanismo” para la futura Congregación de las “Hijas de la Misericordia”.

María asegura que nunca desobedeció a sus padres. Una sola palabra, una sola mirada del padre bastaba para que la hija se contuviera y constestara con respeto y reverencia. Cuando tenía nueve años de edad, dijo a su hermana mayor Catalina: “¿Por qué será que no puedo comer durante tres días si, al equivocarme en alguna cosa, papá me mira con seriedad, mientras que, si mamá me reprende no siento ninguna tristeza? ¿Por qué será?”⁴.

No es difícil darse cuenta de que María debe haber sufrido mucho con la muerte “del padre tan amado”, que se apagó serenamente en el Señor en la mañana de Pascua de Resurrección de 1911. María tenía entonces diecinueve años y tuvo que asumir, junto a su madre, la administración de los bienes y la educación de los hermanos menores.

3. PERIODO ESCOLAR

María revelaba desde la niñez los muchos talentos de que Dios la había dotado. Familiares y vecinos admiraban su amabilidad, la belleza física y moral, los cabellos dorados y los ojos celestes, grandes y puros. A medida que crecía, se manifestaba más compasiva,

comprensiva y sociable. Era maternal con los niños, especialmente si eran huérfanos. La pobreza del prójimo le repercutía en el corazón y se le grababa en su buena memoria.

En setiembre de 1897, no habiendo cumplido aún los cinco años, comienza a asistir a la primera clase elemental, aunque sin inscribirse oficialmente y sólo por vía de excepción, teniendo en cuenta su inteligencia más que común. La razón principal por la que María pudo ir a la escuela tan temprano —aún no existía en Blato el jardín de infantes— fue que la escuela funcionaba en un edificio de sus padres, contiguo a su casa, lo que facilitó la concesión.

Desde esa época sus recuerdos son más numerosos. María es la “benjamina” de su maestra, con la que hasta come a veces. Muy pronto comienza a leer, a escribir y a hacer cuentas, adelantándose a los mayorcitos. Entre sus compañeras se hace de muchas y buenas amiguitas. De estas primeras experiencias provienen preciosos recuerdos que hablan de la sensibilidad de los niños y de la necesidad que ella tenía de que la tomaran en consideración.

Un día daba vueltas alrededor de la mesa de la maestra y llevada por la curiosidad, quería ver las “figurillas” para la enseñanza que había sobre la misma. Como era pequeña, al alcanzarlas, las volcó y todas cayeron bajo la mesa. En ese instante llegó la maestra que la castigó con dos leves palizas en la palma de la mano. María quedó profundamente dolorida al verse castigada por su maestra, de quien se sentía amada de verdad. Estaba inconsolable y llorando, en silencio, se retiró al último banco escondiendo la cabeza entre las manos. Todo le parecía negro y triste. Ya adulta comentará: “Ahí se vio mi egoísmo... Se trataba de una tristeza causada por la humillación que recibí delante de las compañeras de escuela...”. Asegura que nunca procuraba disculparse de sus faltas⁵.

En 1903, a los once años, termina el sexto y último año primario con excelentes calificaciones. Al comenzar el segundo grado elemental, el 8 de setiembre de 1898, recibe el Sacramento de la Confirmación, teniendo como madrina a la directora de la escuela, señora Cibilić. El joven obispo de Dubrovnik, Monseñor José Marčelić, que impartió el santo sacramento de la Confirmación, se encuentra por primera vez con María.

Durante los dos últimos años de la escuela elemental, María tenía además una maestra particular que le daba lecciones de literatura. Esto le impedía tener un mayor contacto con los niños y especialmente con los pobres.

A los nueve años de edad, asegura ella, comenzó a sentir deseos de ser educada en un colegio religioso, como en un templo, para servir al Señor.

Más tarde ese deseo se tornará en nostalgia y ésta, en vocación religiosa, que encontró poca resistencia en ella y en torno de ella por el hecho de haber llegado a ser, con la madre, la administradora de la casa y de todos los bienes, lo que constituirá la dificultad mayor para entrar en la vida religiosa.

En 1904 hay un importante acontecimiento para la vida religiosa y cultural de María: la llegada a Blato de las primeras religiosas, las Siervas de la Caridad, cuya Casa Madre está en Brescia, Italia y que ya tenían otra casa en Dubrovnik con colegio para las jóvenes.

La llegada de estas religiosas al pueblo natal de María tendrá relación directa con su vida y, en modo especial, con su formación escolar y con la orientación de toda su existencia ⁶.

Tras una prolongada lucha con sus familiares, María obtuvo, por fin, en 1904, el consentimiento del padre para inscribirse, pero no como interna en la escuela media, llamada "Escuela Cívica" y regentada exclusivamente por las religiosas italianas. Los familiares de María presentían sus intenciones "conventuales" y por eso, querían tenerla alejada de las religiosas. Su hermana Elena hacía ya varios años que pertenecía a la congregación de las "Siervas del Sagrado Corazón" y, de vez en cuando, venía a casa, lo que alegraba a María y le daba ocasión de conocer mejor la vida del claustro.

De 1904 a 1907 María frecuentó los tres años de escuela media y prosiguió después con las religiosas los cursos de manualidades y lengua italiana, según el programa de la "escuela de economía doméstica".

Hablando en tercera persona, ella recuerda con satisfacción: "Allí recibió María, conforme al designio providencial de Dios, una formación más completa; recibió, además, las primeras directivas y los primeros pasos en el camino de la perfección. Escuchaba cada día la lectura espiritual y las instrucciones para su formación. Se-

guía observando de cerca la vida religiosa y las costumbres del convento. Se compenetraba del modo con que las religiosas preparaban las pequeñas funciones teatrales, cómo guiaban las asociaciones católicas, cómo eran rigurosamente cuidadosas en las relaciones con el mundo y sus atractivos, cómo eran modestas y humildes, cómo vivían y guardaban la santa pobreza, aun en las cosas más pequeñas. De ellas, María aprendió labores y trabajos manuales necesarios en un convento, mantener en orden los ornamentos litúrgicos y los vasos sagrados, preparar las hostias, instruir y entretener a los niños con juegos y ejercicios, etc. ⁷.

Podemos creer que la señorita María había completado a los dieciséis años su educación y también la formación personal, física, intelectual, moral y espiritual, pero esta formación se basaba sobre otras importantísimas realidades que se habían manifestado en su interior y alrededor suyo.

4. FORMACION RELIGIOSA

Desde los primeros años de estudios primarios, María tuvo la suerte de desarrollar junto a la catequesis escolar, la educación religiosa, muy digna de elogio, que había recibido en la familia. En el sexto grado elemental la enseñanza religiosa era impartida por el joven capellán don Pedro Franulović que, más tarde, llegó a ser párroco de Blato por casi cuarenta años, hasta su muerte acaecida el 23 de abril de 1953. Su nombre quedó estrechamente ligado a la vida de María Petković y a la Congregación por ella fundada cuyas hermanas lo recordarán como bienhechor y confesor.

"A los trece años de edad (lo atestigua María), comenzó a buscar cada vez más la soledad para poder leer libros espirituales, aunque no descuidaba la lectura de otros libros que le proporcionaban las religiosas quienes, naturalmente, le conseguían libros buenos e instructivos. De sus lecturas espirituales se ocupaba el sacerdote don Jerónimo Andreis. Los hermanos de María veían en ella una criatura extraordinaria que amaba la soledad y, por eso, intentaban distraerla, llevándola a paseos; pero ella no cambiaba de idea y anhelaba siempre más el convento y la soledad" ⁸.

Se manifestaba así el desarrollo religioso y su espiritualidad; distinguía cada vez mejor “el bien del mal”, es decir, maduraba en su conocimiento moral.

Parece que María no tuvo, hasta los once años, ni siquiera la mínima inclinación al mal, según se desprende de los *Apuntes Autobiográficos*: “...Ella observó en sí misma los gérmenes de vanidad y egoísmo. De los once a los catorce años de edad le gustaba peinarse y arreglarse bien. No se trataba de agradar a alguien, fue una vanidad infantil. Se arreglaba a sí misma como se arreglaría a una muñeca, mirando lo que le podría quedar mejor. Pero después que se consagró a Jesús a los catorce años de edad, con el voto de virginidad en forma privada, esas cosas ya no le alegraban ni le causaban satisfacción alguna, por más que los de su familia, a causa de la posición social que ocupaban, la obligaran a vestirse con primor. Todo esto le causaba molestia y buscaba el modo de librarse de semejante imposición”⁹.

María nos proporciona, además, la manera cómo había comprendido el valor de la virtud de la “castidad virginal”¹⁰.

“Una vez, cuando María y Jerónima (su prima y amiga íntima), que tenían cerca de catorce años, miraban el libro de “La Divina Comedia” de Dante Alighieri, al detenerse en la ilustración relativa a los lujuriosos tan grandemente castigados en el infierno, María se horrorizó pensando cuán abominable debía ser este pecado a los ojos de Dios”¹¹.

Más tarde llegó a tener instrucciones precisas referentes al tema sexual por medio de libros seleccionados por su hermano Juan, médico, y confesará que, con la gracia y benevolencia de Dios, pudo pasar la juventud en calma y serenamente a pesar de la edad y del atractivo juvenil¹².

No obstante su equilibrio afectivo, ciertamente un don recibido de Dios, María recurrió, como ella dice: “A la vida de piedad, a la soledad, a la oración y a la meditación, a la práctica de la caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Desde los seis años se ejercitó en devociones especiales: en meditar la bondad de Dios, la pasión y la cruz de Cristo, la dulzura del Sagrado Corazón de Jesús, en rezar el Santo Rosario y las letanías de la Santísima Virgen. No es extraño, además, que la contemplación de la naturaleza la haya podido llevar

a dar gracias al Creador del universo, ya que el “mundo” le resultaba cada vez más un destierro y un tránsito hacia la otra vida¹³.

Para el día de su primera Comunión, “el más grande y el más feliz”, María se había preparado de manera extraordinaria, ayudada por los capellanes don Pedro Franulović y don Jerónimo Andreis. Este fue su primer confesor, al tiempo que lo era de su madre. Según la costumbre de entonces, antes de salir para la Iglesia para recibir por primera vez a Jesús Sacramentado, María pidió perdón y la bendición a sus padres. Al arrodillarse ante el padre, éste, con voz emocionada, le dijo: “Hijita mía, tú no me has entristecido nunca; tú has sido siempre obediente”; y con la bendición le dio un beso¹⁴.

En los *Apuntes Autobiográficos* María describe detalladamente las impresiones de aquellos instantes de oración profunda y recogida, de coloquio íntimo con el Huésped Divino. Al Señor le pidió que la guardara y la ayudara a entrar en un colegio religioso.

El día de la primera Comunión fue para María un día de decisiones importantes. La recepción diaria de la comunión y la colaboración personal a la gracia divina la hacían crecer constantemente en el amor a Dios y en el servicio al prójimo. Su fervor y celo, su dedicación y generosidad se revelan en modo especial desde su primera comunión en 1905 hasta 1919, año en que deja la casa paterna para consagrarse enteramente a Dios. (En ese tiempo no se podía comulgar antes de los catorce años).

Una fecha significativa en la ascensión espiritual y en la caridad operante de María fue el 8 de setiembre de 1906 cuando llega a ser miembro y, pronto, la secretaria de la asociación de las “Hijas de María” que, en una anterior visita pastoral a Blato, había establecido el obispo Monseñor Marčelić. Este era el segundo encuentro de María con el obispo. Más tarde ella escribirá: “El excelentísimo señor obispo no se imaginaba en aquel momento, que con aquella jovencita un día formaría una nueva congregación religiosa de vírgenes consagradas a Dios”.

En esa ocasión el obispo visitó también la escuela de las hermanas “Siervas de la Caridad”, donde encontró a María que estaba bordando. La joven le había dado muy buena impresión y, al despedirse, la bendijo con afecto paterno¹⁵.

La asociación de las "Hijas de María" fue confiada al cuidado de las "Siervas de la Caridad" y su primer asistente fue don Pedro Franulović. A los diecisiete años de edad, María llegó a ser la presidenta, cargo que mantuvo hasta 1919, año en que fundó la Congregación. Bajo su dirección este centro tuvo un importante desarrollo y llegó a contar hasta con trescientas jóvenes a las que María entusiasmaba con sus instrucciones y con su vida ejemplar.

El 21 de noviembre de 1906 es una fecha que recuerda un suceso importante en la vida de María. Ella lo llama "consagración a Jesús" y "voto perpetuo de amor y de virginidad y esponsales con Cristo".

Escribe ella misma: "Desde el día de su consagración a Dios y de su primer voto perpetuo, casi cada día repetía su juramento de amor hecho al Señor y su voto de amor perpetuo"¹⁶.

Más tarde hablará con frecuencia de este acontecimiento a sus hermanas de religión. Aquella fecha se conserva todavía hoy en la Congregación de las "Hijas de la Misericordia" con todo su profundo significado religioso por coincidir, además, con la celebración litúrgica de la Presentación de la Santísima Virgen al templo.

Desde el día de su consagración a Dios, su vida sacramental llegó a ser más íntima. La santa comunión era casi diaria y el deseo de trabajar en pro del prójimo cada vez más ardiente. Escribe que: "Transportada en espíritu, veía muchos lugares lejanos donde hablaba a la gente de Jesús y de su amor. Y que, en aquel momento, deseaba ir por el mundo y anunciar a todos, especialmente a los alejados de Dios, el amor de Cristo"¹⁷.

En 1914 María fundó la "Asociación del Buen Pastor", en la que reunió unas veinte jóvenes, escogidas de entre las "Hijas de María", para que, a imitación del Buen Pastor, trabajaran en la salvación de las almas, visitando a los enfermos y empeñándose en que se bautizaran los niños y fueran preparados para la primera comunión, se convirtieran los pecadores y, sobre todo, para que repararan las ofensas hechas a Jesús¹⁸.

En 1915 fundó la "Sociedad de Madres Católicas". Lo hizo juntamente con una religiosa de las "Siervas de la Caridad", ya que ella se consideraba demasiado joven para dirigir a madres de familia.

Asimismo trabajaba con los seglares de la "Tercera Orden Franciscana". Escribe: "Ha entrado a formar parte de la Tercera Orden con el solo fin de poder hablar de Dios, de la vida divina y de su amor a aquellas almas que eran de buena voluntad pero estaban sin guía".

Casi diez años más tarde, en 1929, erigirá en la capilla de la Casa Madre de su Congregación en Blato, con el permiso del obispo y del párroco del lugar, la "Guardia de honor del Sagrado Corazón de Jesús"¹⁹.

Al momento de entrar en el convento María dirigía tres asociaciones parroquiales de Blato: las "Hijas de María", la "Asociación del Buen Pastor" y la "Tercera Orden Franciscana" seglar. Si añadimos la actividad catequística con los niños, con los pobres y abandonados, especialmente del pueblo de Bábina, tenemos que preguntarnos: ¿cómo lograba María hacer tanto? ¿De dónde sacaba tanta energía? Ciertamente esas actividades constituyeron para María una escuela de vida no común a la vez instructiva, que recordará mucho y sabrá aprovechar, según lo exijan las circunstancias.

5. ENTRE ANHELOS Y PRUEBAS

María confiesa que desde los nueve años había oído la llamada a la vida religiosa. Parece que vio y comprendió de alguna manera diversos aspectos de la misma. Esta forma de concebir la vocación a la vida religiosa evidencia que se trataba de anhelos personales muy fuertes que habían de madurar con el transcurrir de los años, desde 1901 a 1918, hasta llegar a ser más precisos y claros. En particular, María debía estar segura en cuanto a la elección del modo de vida religiosa: la contemplativa, siguiendo el ejemplo de su hermana Elena, o la vocación de actividad apostólica, en la observancia permanente de las obligaciones comunitarias, al servicio del prójimo.

Los deseos eran muchos, por lo que María debía luchar ante todo consigo misma para concretarlos y para manifestarlos después, más o menos confidencialmente, a los demás. Los padres conocían desde 1904 el "secreto" que María abrigaba en el alma, y por eso le dificultaban entrar en el recién abierto colegio de las "Siervas de la

Caridad” porque temían que se quedara en él definitivamente. Ante las reiteradas insistencias de concederle esa gracia, el padre le respondió: “¿Tendrías el valor de abandonarme cuando yo esperaba que serías mi consuelo y mi bastón de apoyo en la ancianidad?...”. Ella no podía decir nada por no entristecer a su buen padre ²⁰.

Pasaban los años y la vocación religiosa de María no se debilitaba. Nos narra que ejercían particular influjo sobre ella ciertas lecturas del Evangelio, en especial los episodios de Marta y María y del joven rico invitado por Cristo a la perfección. A la joven de catorce años le parecía que Jesús le dirigía las mismas palabras y a menudo volvía al pensamiento: “Si quieres...”. “A través de estas palabras —escribe— oía a Jesús que le ofrecía todo su amor e insistía con ternura, aunque dejándola libre, para que depositara por siempre su confianza en El. La había conquistado... y desde la cruz le pedía el corazón hasta su entrega total” ²¹.

En 1906, en el segundo encuentro con el obispo de Dubrovnik, Monseñor José Marčelić, en ocasión de su visita pastoral a la ciudad de Blato, María se confesó con el prelado y luego le manifestó el deseo de consagrarse en la vida religiosa.

No se excluye que el párroco y las religiosas del lugar hayan hablado al obispo de María y de su vocación. Más adelante María se relacionará con el obispo como secretaria de la Asociación de las “Hijas de María” y, desde el año 1906 (afirma), “su alma estaba bajo la dirección espiritual del obispo” ²².

Las dificultades mayores para realizar su vocación provenían del ambiente más cercano: familiar y parientes. Muy pronto se le presentaron propuestas de matrimonio. En 1906, un joven pretendiente le escribe y le promete que esperará aunque sea diez años, hasta que llegue a la mayoría de edad ²³.

Ofertas similares recurrieron a las mediaciones de su madre o de otros parientes y llegaron hasta a hablarles al párroco y al obispo. Mientras María deploraba el deseo fallido del convento, la madre le urgía a responder con un sí a tan brillantes propuestas.

Son curiosas, casi líricas, las páginas de sus *Apuntes Autobiográficos*, en las que describe esas indeseadas vicisitudes que concluyeron con la decisiva declaración de María: “No aspiro al matrimonio” ²⁴.

En 1914 aflora lo que María califica: “lucha de la doble llamada”. Después de haberse decidido en su vocación al servicio de Dios y al bien del prójimo, María se halla nuevamente en duda si abrazar la vida religiosa claustral o la activa. Entre tanto se desencadena imprevista la primera guerra mundial con las consecuencias terribles que conocemos. María, en medio de una lucha interior sin tregua, permanecía durante horas y horas, día y noche, en oración. Durante la oración después de la comunión le parecía escuchar a Jesús que le decía: “Hija, sacrificate por mí, mira cómo yo amé a los hombres... Dejé el cielo, me negué a mí mismo para mostrarles el camino de la vida”.

A la pregunta qué quería de ella, miserable y desconocida, Jesús le mostró toda una legión de vírgenes que se sacrificarían por su amor en el cuidado y en la asistencia de niños, huérfanos y abandonados. Y continúa escribiendo: “María se sobresaltaba como despertada de un sueño y hacía en seguida la señal de la cruz pidiendo a Jesús que alejara de ella tales imágenes y voces internas, pues temía que se tratara de ilusiones y engaños. Pero la voz la seguía persiguiendo y la lucha continuaba entre la vocación del claustro, donde quedaría como una sierva escondida y consagrada al servicio del Señor, y por otra parte la vocación a la vida activa donde podría sacrificarse entregando su vida en favor de los pobres y de los necesitados” ²⁵.

María fue consciente del peligro al cual se expondría si se quedaba en Blato, su ciudad natal. Por eso decide, en 1914, ir a la ciudad de Split, acompañada por su madre y el hermano menor Miljenko, a buscar un monasterio de clausura. En los *Apuntes Autobiográficos* tenemos una descripción prolija de cuanto sucedió en esa ocasión. Al despedirse del párroco, María le había confiado su breve testamento, escrito de su puño: “Dejo todos mis bienes para que en Blato se construya un colegio para la infancia pobre y abandonada, donde los niños puedan encontrar, durante el tiempo libre de las clases, educación y comida, y los huérfanos puedan ser internados” ²⁶.

Al llegar a Split, su madre recurrió a todos los medios de que disponía para impedirle a la hija la entrada en el convento de clausura. Con la excusa de que necesitaba reposo, logró colocarla por unos dos meses para descansar en el pensionado de las “Siervas de

la Caridad". Sobre esta experiencia, María escribe: "La Providencia de Dios llevaba adelante su obra de un modo muy sabio, pues dio a María la oportunidad de ver las muchas y diversas cosas que se hacían en aquel convento bien ordenado. Allí en la soledad, se preparaba siempre más espiritualmente para su futura misión"²⁷.

Desde el pensionado de Split, María escribe a su director espiritual, el obispo de Dubrovnik, Mons. José Marčelić, sobre su estado y dificultad, y se expresa de esta manera: "Que no puede frenar el deseo de la vida claustral, pero que tampoco no deja de oír una voz que la invita a sacrificarse, aunque quedando en el mundo y separada de los suyos... como lo había sugerido su Excelencia"²⁸.

En espera de la respuesta, hizo una novena en honor del Sagrado Corazón de Jesús y en el último día recibió una carta del obispo en la cual, entre otras cosas, le dice: "¿Qué vas a hacer en el convento de clausura? ¿Cómo podrás ayudar allí a los necesitados? Allí no podrás desarrollar las cualidades que Dios te ha dado. Tú afirmas que no puedes ver la miseria, la corrupción y la ceguera del mundo; al mismo tiempo me dices que sufres por no poder ayudar a los necesitados y quieres irte al claustro y llorar por las necesidades del mundo. No está bien que mientras esté ardiendo la casa, se la abandone y vaya a llorar. Ese proceder no es de héroes. Hay que trabajar con todas las fuerzas, apagar el fuego y salvar lo salvable. Por eso te pido y aconsejo que vuelvas y te empeñes en el bien de tu pueblo, en la educación de las niñas y con el tiempo podrás fundar una casa religiosa, pero de a poco, dando tiempo al tiempo"²⁹.

"María obedeció la voz de Dios que le había llegado a través de su obispo. Volvió a casa para trabajar y para esperar la inspiración del Señor"³⁰.

Antes de la "fuga" hacia Split, María había destruido muchos escritos suyos y entre ellos las cartas recibidas hasta entonces de su obispo, como si, con este gesto, hubiera querido romper de la manera más radical, con todo lo pasado y con todas las personas que amaba.

Hacia fines de 1914, estando de nuevo en Blato, María vuelve a su actividad acostumbrada, sobre todo en la práctica de la caridad cristiana, en la enseñanza del catecismo y en la dirección de las asociaciones católicas. Es verdad que no habían desaparecido totalmen-

te las dificultades inherentes a la vocación, pero el obispo no la descuidaba. Entre ellos, de 1914 a 1917, hubo un nuevo intercambio de cartas. Mons. José Marčelić la alentaba al valor y a la constancia, a esperar con paciencia la mayoría de edad (veinticuatro años) y a mantenerse en contacto aun viviendo en la casa paterna, con las "Siervas de la Caridad". "Asimismo era deseo del obispo que María comenzara en 1917 a dirigir la cocina popular, cuyo centro estaba cerca de las mencionadas religiosas. Este trabajo y, en particular, el contacto inmediato con los pobres, le será de mucho provecho para su experiencia personal"³¹.

En setiembre de 1918, hacia fines de la primera guerra mundial, el obispo Marčelić vino de nuevo a Blato en una visita pastoral. Llamó a María y le pidió una vez más que no abandonase su pueblo natal y estableciese en él una comunidad religiosa con obras de educación y caridad. María recuerda que el obispo le hablaba con lágrimas en los ojos. Al mismo tiempo, ella veía que las palabras de su Excelencia concordaban plenamente con las que Jesús le había manifestado, como ella llama "secretamente". Viendo el obispo que María todavía vacilaba, se puso de pie, le tendió su mano temblorosa y le dijo: "Obedéceme y prométeme". Ella respondió: "Prometo".

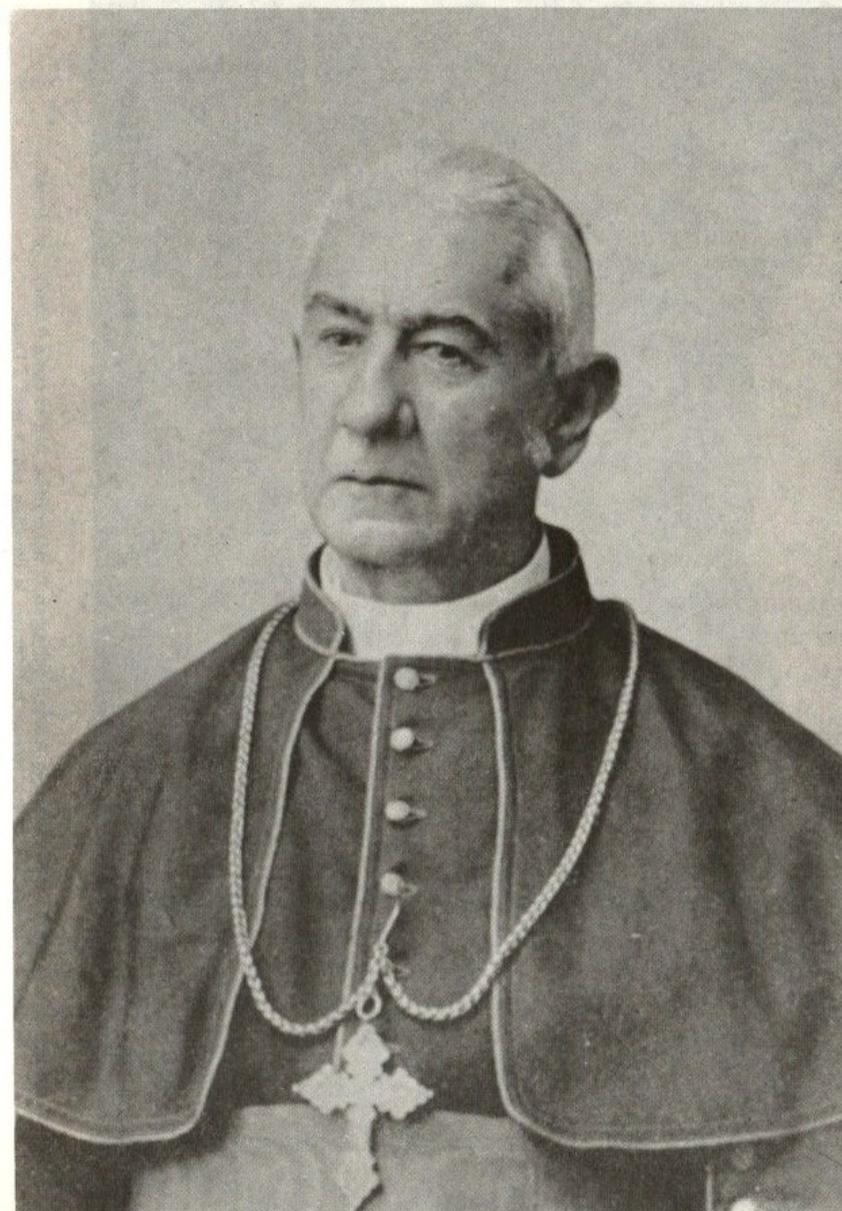
Dos días más tarde, el prelado dejaba Blato. Los feligreses lo acompañaron solemnemente hasta la salida de la ciudad. Al detenerse cerca de la capillita de San Liberano, llamó a María que estaba con el grupo de las jóvenes "Hijas de María". Le tendió la mano y, ante la muchedumbre, le dijo: "Hija, prométeme una vez más que quedarás en tu pueblo para el fin del cual te he hablado, así yo me iré de aquí consolado y tranquilo". María pronunció: "Me quedo, lo prometo"³².

Al momento las campanas de Blato volvieron a repicar a fiesta y la banda siguió su música de despedida. Así ocurrió aquello que María llama: "Alianza consentida y prometida, pública e irrevocable".

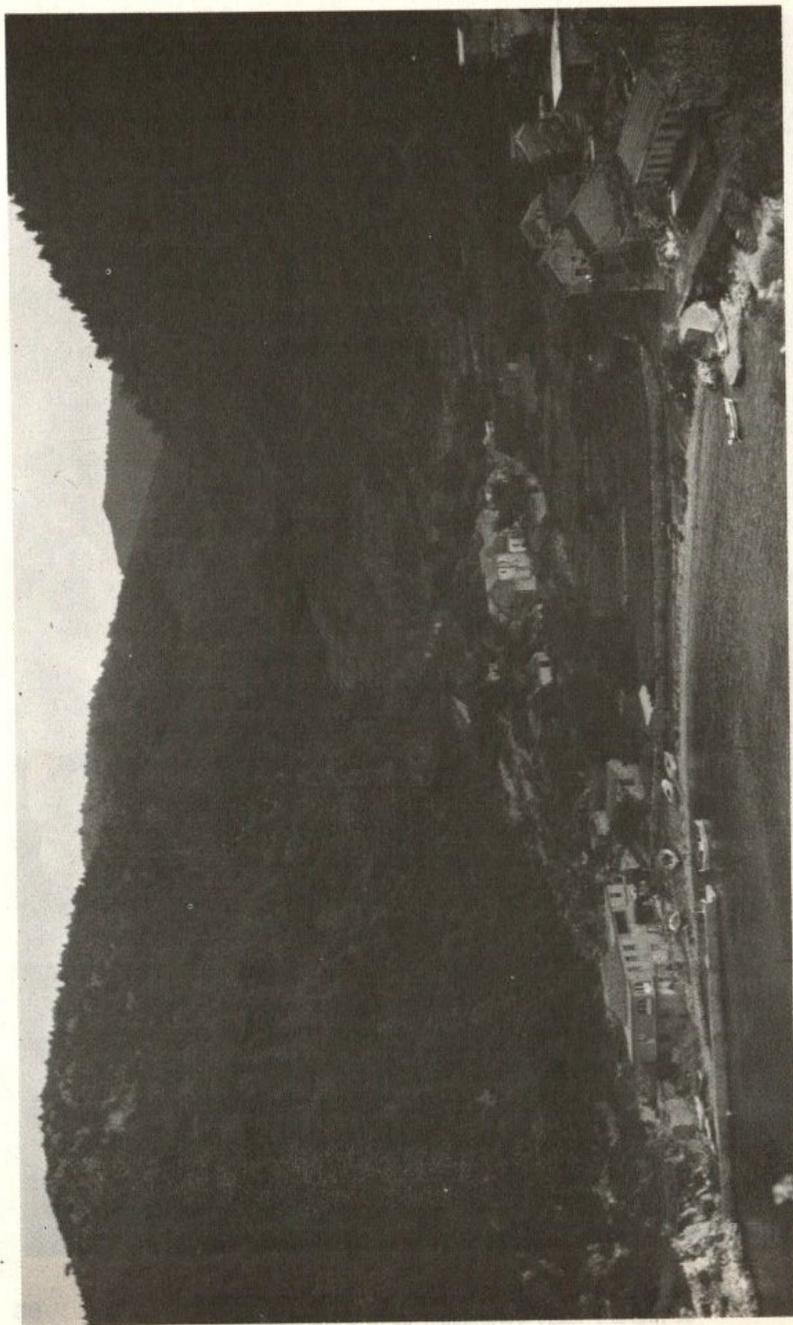
¹ Ap. Aut., pp. 5-11, 139-144.

² Op. Cit., pp. 7 y 69ss.; 105-106; Hist. Cong., 1919-1940, pp. 1-5. Sobre Bábina ver más detalles al comienzo del cap. III.

- ³ Ap. Aut., pp. 8-9.
⁴ Op. Cit., p. 106.
⁵ Op. Cit., pp. 17-18, 21.
⁶ Op. Cit., pp. 29ss.; Hist. Cong., 1919-1940, p. 9 y 225 del anotador. Más informaciones sobre la llegada de las "Siervas de la Caridad" a Blato, en el archivo de la parroquia del lugar.
⁷ Ap. Aut., p. 31.
⁸ Op. Cit., pp. 43 y 46.
⁹ Op. Cit., p. 44.
¹⁰ Op. Cit., pp. 23-53-99ss.
¹¹ Op. Cit., p. 56.
¹² Op. Cit. pp. 99ss.
¹³ Op. Cit., p. 24.
¹⁴ Op. Cit., p. 37.
¹⁵ Op. Cit., pp. 2-48-51.
¹⁶ Op. Cit., p. 58.
¹⁷ Op. Cit., p. 56.
¹⁸ Op. Cit., pp. 135-136.
¹⁹ Op. Cit., p. 137. María profesó en la Tercera Orden Franciscana para los seculares el día 16 de marzo de 1919, después de haber cumplido un año de prueba, con el nombre de Magdalena. Según el libro de las inscritas, la ha recibido el asesor de los terciarios de Blato, el Rvdo. Padre Isidoro Kamalić, ofm; profesor en Badia. Sobre la fundación de la "Guardia de Honor al Sagrado Corazón de Jesús" léase lo que escribe la *Historia de la Congregación, 1919-1940*, p. 276 y el *Diario espiritual*, p. 81. Las palabras de María encontradas anteriormente en este Capítulo, están entresacadas de su Autobiografía.
²⁰ Ap. Aut., p. 29.
²¹ Op. Cit., pp. 52-53.
²² Op. Cit., p. 51.
²³ Op. Cit. p. 53.
²⁴ Op. Cit., pp. 83-99.
²⁵ Op. Cit., pp. 123-124.
²⁶ Op. Cit., p. 154.
²⁷ Op. Cit., p. 159.
²⁸ Op. Cit., p. 160.
²⁹ Op. Cit., p. 161.
³⁰ Op. Cit. pp. 161-162.
³¹ Op. Cit., pp. 82-164-166, 184-185; Hist. Cong., 1919-1940, pp. 1-2.
³² Ap. Aut., pp. 167ss.; Hist. Cong., 1919-1940, pp. 2-3.



Sr. Obispo Diocesano Dr. José Marcellí, Director espiritual de María y luego Cofundador de la Congregación.



BABINA, el lugar más atractivo para María, la soledad del lugar, la naturaleza, con su costa bañada por el mar - Adriático y la pobreza de sus escasos habitantes, la llevaban más y más a Dios.

Capítulo II

DE BABINA A LA PRIMERA CASA DE LAS FUTURAS "HIJAS DE LA MISERICORDIA"

"Querida Bábina, donde María iba con frecuencia para vivir en soledad y en unión con Dios, pasando allí uno o dos meses, y donde a veces iba en dos o tres ocasiones al año: eso fue entre los trece y veintisiete años de su vida, edad en la cual entró en el convento" (Apuntes Autobiográficos, p. 69).

1. BABINA. ¿QUE ES Y POR QUE?

Como ya hemos mencionado, Bábina es el nombre familiar de un campo agreste, en un lugar alejado de Blato, hacia la costa nordeste de la isla de Korčula. Se llegaba a este lugar cabalgando, o en barca a remo, en dos o tres horas.

La familia de María Petković Kovač, tenía allí casa y terrenos, donde trabajaban y vivían modestamente varias familias, en casas sencillas y humildes. Sus niños crecían en el descuido, casi siempre vagando y junto a sus ovejas, lejos de todo contacto social, de la iglesia y de la escuela.

María empezó a ir a Bábina a los trece años, acompañada casi siempre por sus padres o el hermano mayor Juan. Los padres buscaban orientarla en los asuntos de administración, al mismo tiempo que cuidaban de su descanso. Su madre solía decir, con humor, que le gustaba que su hija fuera a Bábina porque temía que estando en casa, por lo generosa que era María hacia los pobres, "disipara el patrimonio".

Bábina favoreció el desarrollo de María, no sólo en lo físico sino también en la madurez religiosa. María tenía sus buenas razones para retirarse allí con frecuencia, como escribe ella misma. Lo hacía

para dedicarse más intensamente a la oración, a la meditación y para cuidar los niños pobres y abandonados.

“El rezo diario del Santo Rosario con el padre y el hermano, la anhelada soledad del campo, con el pensamiento puesto en Dios y sus maravillosas obras, llenaban su alma. María queda admirada de la forma con que su padre la deja sola, rodeada de silencio y montañas. En su ingenuidad afirma que, sin duda, el Señor hacía que el padre se olvidara de su severidad. Y más tarde escribirá que: “Cuando quedaba sola, se llenaba de un gozo que no sabía explicar. Le parecía que todo era suyo: el cielo, el mar, el tiempo y, sobre todo, Dios, que habita y se encuentra en la soledad”. María experimentaba allí los primeros afectos de su amor y de su dicha, feliz de estar a solas con El, como una esposa con la compañía del esposo. El tiempo de cada día lo alternaba entre los coloquios con Dios, la lectura espiritual, el estudio y la instrucción que impartía a los niños.

La naturaleza, con todos sus encantos, elevaba a María hacia el Creador. Experimentaba verdadera admiración contemplando los primeros rayos del amanecer y las gotas de rocío que absorbía la tierra o desvanecía el sol y la llevaban a reflexionar sobre sí misma: ¿Me dejaré absorber por la tierra o me elevaré hacia Dios y hacia las cosas sublimes? Así aumentaba en ella la estimación de la gracia divina que, más tarde, inculcará a los demás.

A veces, aunque a ella le parecía estar sola, su hermano la observaba sin que se diera cuenta. Después, al encontrarse, le solía decir: “María, estoy contento de ti, pero tengo miedo de que vayas a terminar en un convento”¹.

La principal instrucción que impartía a los niños era el catecismo, pero les enseñaba también las materias que constituían el programa escolar elemental. Los niños le proporcionaban mucho consuelo y en poco tiempo alcanzaban a aprender las nociones de la religión que María les enseñaba.

El día de la primera comunión, los niños, al trasladarse a Blato, veían por primera vez la ciudad, su iglesia y sus calles. Se comportaban con tanta seriedad, devoción y modestia que el párroco le dijo a María: “Es mejor que los devuelvas en seguida a Bábina antes de que conozcan la conducta descuidada y poco ejemplar de otros compañeros”².

Las madres de los niños y más tarde, ellos mismos, dieron vivo testimonio de cuánto había influido María sobre su voluntad para que fueran buenos y virtuosos.

2. LAS TRES GRAVES ENFERMEDADES DE MARIA

En los *Apuntes Autobiográficos*, María recuerda tres graves enfermedades que tuvo entre los años 1898 y 1918 y que la llevaron al borde de la muerte.

a) Escribe ella: “Niña de cinco años, cercana la fiesta de san José, se fue con su padre a Vela-Luca, pequeño pueblo marítimo de la misma isla de Korčula, como a siete kilómetros al oeste de Blato, para pasar unos días en casa de una prima. A la mañana siguiente se enfermó gravemente con notable pérdida de sangre. Los familiares y médicos asustados, quedaron sorprendidos y se preguntaban qué mal podía ser aquél, en una criatura de tan corta edad. Sobrevinieron, además, ciertos dolores articulares cuyas consecuencias parecían aún más alarmantes. A causa de esta enfermedad, que después felizmente fue superada, María tuvo tres meses de inasistencia escolar. No obstante, por la bondad y comprensión de la maestra, le fue posible terminar en forma satisfactoria el primer grado elemental”.

Esta enfermedad de la infancia no careció de consecuencias. Desde entonces María experimentará frecuentes dolores en las piernas. Mientras otras niñas se divertían jugando y saltando, ella no podía correr. Escribiendo sobre esas primeras experiencias dolorosas, afirma: “El Señor lo permitió, y la escogió de antemano para sufrir desde la infancia”³.

Más adelante volveremos a recordar todo esto, cuando la veamos empeñada en sus viajes misioneros a pesar de su debilidad y de los dolores en las piernas.

b) La segunda enfermedad grave, María la sufrió a los catorce años de edad. Ella afirma: “El primer viernes de marzo de 1906, recibida la Sagrada Comunión quedó un tiempo prolongado a rezar. De pronto sintió un cambio en su estado de salud. Era el principio de una grave enfermedad. Cuando volvió a casa, encontró a la ma-

dre muy ocupada y, por no causarle inquietud, no le dijo nada, sino que se ofreció a ayudarla en el trabajo. El mal fue agravándose. Recuerda que, no obstante, experimentaba una gran paz en el alma y que, por amor a Jesús, deseaba irse con El, para seguirlo en el cielo, con las demás vírgenes”⁴.

La enfermedad se acentuó hasta el punto de hacerle peligrar la vida. En las vísperas de la fiesta de san José, quiso confesarse “por última vez”. El sacerdote que la asistió asegura que, si María hubiese muerto entonces, habría ido derecho al cielo.

Dos médicos la visitaban varias veces por día. Una tarde le pusieron tres inyecciones para fortalecer el corazón y aliviarle los dolores, pero sin resultado. A la noche siguiente pidió agua bendita de la gruta de Lourdes y orando, se lavó con ella la boca y las partes del cuerpo doloridas. Se sintió mejor y se durmió. A la mañana siguiente los médicos llegaron con el temor de tener que asistir a su muerte; en cambio la encontraron sonriente y les dijo: “Estoy bien”. Mientras entre ellos se preguntaban que inyección había hecho el milagro, María estaba segura de que todo se debía a Nuestra Señora de Lourdes.

c) La tercera y más peligrosa enfermedad dejó tristes consecuencias. Tuvo lugar en el año 1918, después que María había prometido solemne y públicamente al obispo que se quedaría en Blato. La llamada “fiebre española”, que se expandía por toda Europa, había alcanzado también a la familia Petković Kovač. A fines de 1918, María se encontraba en Bábina, pero tuvo que abandonarla a toda prisa, apenas supo que la epidemia había atacado a su familia. El 20 de noviembre también ella se enfermó y cayó en cama con cuarenta grados de temperatura. Sin embargo, al día siguiente, aniversario de su primera promesa de virginidad, muy de mañana, a escondidas, fue a la iglesia para recibir la santa Comunión. De vuelta a casa, feliz como se sentía, no logró ocultar su dicha y corrió hacia la madre que estaba enferma, y abrazándola le comunicó la felicidad que la embargaba. La madre no le reprochó por haber salido de la casa estando enferma, pero le dirigió una mirada amorosa, pidiéndole que se retirara y se acostara inmediatamente.

La enfermedad fue agravándose y, a petición de María misma, se le administraron los últimos sacramentos. En esta ocasión puso

en manos del sacerdote el mismo testamento que había hecho cuatro años antes.

María entró en coma, que duró unos días; el sacerdote volvió más veces, para renovar la oración con las preces: “Vé, alma cristiana de este mundo, en nombre de Dios Padre, quien te creó...”.

Mientras los médicos le daban pocas horas de vida, los familiares la rodeaban llorando, los parientes y amigos, hasta de la lejana Bábina, llegaban trayendo coronas. María consolaba a todos, diciendo: “Alegraos conmigo, pues me voy a Aquel a quien ansié toda mi vida”⁵.

Pasó varios días entre la vida y la muerte, entre períodos de lucidez e inconsciencia. Atribuía a Jesús todo gozo y consuelo y al enemigo de las almas cristianas todas las dificultades que se le presentaban. Con la ayuda del Señor, como escribió ella misma, llegó a superar “el sueño de prueba y de amor”, en un estado de muerte anticipada.

El día primero de diciembre de 1918, cuando falleció su cuñada Zuva, María empezó a sentirse mejor. Atribuyó la mejoría a las oraciones de los suyos y a la gracia recibida del Sagrado Corazón de Jesús cuyo cuadro desde la pared pendía sobre su cama. Ingenua, se queja entonces con Jesús, porque la volvió a este valle de lágrimas, en este mundo para ella tan pobre y vacío, para sufrir lejos de El.

María escribe que Jesús le había respondido de una manera misteriosa: “No morirás aquí, sino entre tus hermanas religiosas” y agrega que le pareció verlas alrededor de su lecho de muerte, vestidas como las futuras “Hijas de la Misericordia” y que entre ellas distinguía a María Telenta que, poco después, llegó a ser su colaboradora y primera Vicaria General. El Señor le habría manifestado también: “Por eso tienes que quedar todavía en la tierra”. María concluye: “Ahora he visto que el Señor arreglará todo”. Mientras tanto ella debe prepararse y disponerse a abandonar definitivamente la casa paterna, como le había escrito el obispo y esperar junto a las “Siervas de la Caridad”, “la disposición divina”. “Comprendió que debía restablecerse pronto de la enfermedad y que debía arreglar los asuntos inherentes a la catequesis y a la enseñanza de los niños de Bábina. Consolada y sollozando se durmió serenamente”⁶.

Lo que hemos expuesto hasta aquí, está en total conformidad

con lo escrito por María y con lo que ella llama "visión". Nosotros, por supuesto, en nuestra buena fe, estamos libres de darle una interpretación personal, pero es necesario seguir el desarrollo de los acontecimientos posteriores que van necesariamente unidos a este episodio.

A la mañana siguiente, muy temprano, por encargo del párroco don Pedro Franulović, vino a verla la joven María Telenta, para saber si vivía todavía. Al verla, la enferma le tiende los brazos y le dice: "Oh, si supieras... ¡Tú eres mi hermana!". Telenta creía que María deliraba a causa de la fiebre y mientras se esforzaba en calmarla, ésta repetía las mismas palabras. En aquel instante no lograba decir otra cosa. Sólo más tarde narró todo lo que le había acontecido durante aquella noche.

Entre tanto, la gente se iba enterando de que María Petković había superado su grave enfermedad. La tumba que había sido abierta para ella la pudo ver durante la visita que efectuó poco después al cementerio para rezar por su cuñada recientemente fallecida.

Pero lo importante es el hecho y evidentemente parece que el mismo Señor combinó y unió luego por toda la vida las dos almas gemelas.

María Petković y María Telenta se habían tratado hasta entonces muy poco, aunque María Telenta, que había visto varias veces a María Petković en la parroquia, se sintiera fuertemente atraída y como impulsada por una voz interior que le decía: "Un día, tú le serás de ayuda". Cuando supo que estaba enferma, imploraba con fervor al Señor para que le curara, si esto era para su mayor gloria y salvación de las almas. María Petković estaba convencida que el Señor había escuchado la súplica de aquella alma pura de María Telenta⁷.

Las relaciones de colaboración con Telenta no comenzaron en seguida. María prefirió dejarlo todo en las manos del Señor, porque ni ella misma comprendía perfectamente lo que tenía que hacer. Afirma que preguntaba al Señor: "¿Cómo será? ¿Cómo es posible esto... si no conozco los medios ni las personas?"⁸.

María no tenía en claro todavía que María Telenta debía ser su primera hija y hermana espiritual, su primera compañera y auxi-

lio eficaz en la fundación y desarrollo de la Congregación, la primera en alentarla, quererla, respetarla, obedecerla, durante treinta y ocho años de trabajo en común, a veces unidas y a veces separadas por miles de kilómetros⁹.

Entre las primeras páginas de la historia de la Congregación de las "Hijas de la Misericordia" de la Tercera Orden Regular de San Francisco, se encuentra ampliamente descrita esta tercera y grave enfermedad de María, y el relato concluye con las palabras del Evangelio: "Esta enfermedad no es de muerte sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella" (Juan 14, 4)¹⁰.

3. DESPEDIDA DEL PUEBLITO DE BABINA

En los primeros días de febrero de 1919, María, ni bien superó la grave enfermedad y estando todavía débil, decidió volver a Báбина. Llevaba en el corazón aquellos pobres niños con quienes tan brillantemente condujo adelante el año escolar y que tuvo que abandonar de pronto por la epidemia.

Había una razón más para volver a ese lugar, "siguiendo la voz de Dios" quería pasar ese último tiempo en soledad, para darse a una actividad espiritual más intensa e íntima y así poder prepararse mejor para la sublime misión que emprendería.

Procuraba apurarse para terminar con los niños el estudio de la religión y de las asignaturas escolares, consciente de que iba a estar allí por poco tiempo y por última vez. No faltaron momentos de dificultades, pero los hubo también de gozo espiritual.

Uno de esos días María debía ir a Blato para la confesión y comunión y para conseguir algunos libros que necesitaba. Su hermana le preguntó quién podía estar con ella para ayudarla y hacerle compañía. María le respondió que, en realidad, se encontraba sola y que únicamente por la noche venía una muchacha para acompañarla y darle una mano. Al oír esto, le propuso que llevara consigo a la muy buena joven María Telenta.

Se llegó así al segundo encuentro, aparentemente casual, entre las dos Marías. En realidad, María Petković no la había olvidado y

se alegró de su compañía que proporcionaba a las dos una buena oportunidad para un recíproco conocimiento, aun cuando esto significaba sacrificar en parte su soledad. Mientras la hermana de María Petković había pensado en la joven Telenta para que fuera una simple ayuda, ellas, en cambio, se pusieron de acuerdo para observar un horario de vida común, hecho de oración y meditación, de trabajos manuales y de instrucción a los niños ¹¹.

Pero llegó la hora de la partida y de la separación de los niños de Bábina. María había decidido entrar el día 25 de marzo en la casa que todavía ocupaban las religiosas "Siervas de la Caridad" en Blato ¹².

La despedida fue conmovedora. María se daba cuenta de la importancia del paso que estaba por dar. Se trataba de una decisión definitiva: lanzarse al torbellino del mundo y exponerse a una actividad apostólica que le parecía inconciliable con las aspiraciones de oración y soledad que anhelaba para sí. Escribe: "...Sin embargo tenía en el alma una gran paz y nada temía, era como si su alma se fuera a liberar del mundo para reposar en Dios" ¹³.

María Telenta, testigo de los hechos, recuerda la última y conmovedora separación de los niños: "Cuando María Petković concluyó la última clase, les dirigió a los niños unas exhortaciones y les encomendó, en modo especial, que fueran fieles a Dios. Les dijo, además, que los tenía que dejar porque debía consagrarse al servicio de Dios. Al oír esto, todos empezaron a llorar y le escribieron unas cartas conmovedoras en las que le expresaban todo lo que no habían podido decirle.

El momento de la partida fue algo conmovedor. María observaba cómo llegaban los niños con sus padres para despedirla. Todos traían flores, algunos en las manos, otros en canastitos y las mamás en los delantales para cubrir el camino por donde iba a pasar María. Fue un espontáneo homenaje popular, de flores y de cariño, tanto de adultos como de niños ¹⁴.

María partió de Bábina por mar, cuando de improviso el tiempo empeoró y empezó la tempestad. La barca a remos adelantaba con dificultad, y mientras crecía el temporal, todos estaban atemorizados, inclusive los remeros. Más aún, éstos no querían salir y menos proseguir el viaje con la tormenta, siempre en aumento. María

deseaba que el viaje continuara y alcanzó a convencer a todos, incluyendo a María Telenta que era la más temerosa, para que el viaje siguiera. Cuanto más alborotado estaba el mar y todos preocupados en la pequeña barca, María se levantó y con mucha confianza y fe se dirigió al mar encrespado, extendió las manos y dijo en voz baja: "En el nombre de Jesús, cálmate...", y se persignó diciendo: "En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo". El mar se aplacó y se tranquilizó totalmente. La alegría y la admiración fue general. María tuvo la convicción de que la tempestad había sido obra del demonio y la calma, de Dios ¹⁵.

4. CONCEPCION "SECRETA" DE LA CONGREGACION

La expresión: "La concepción secreta" de la Congregación es típica de María y, en cierto sentido, responde al significado teológico del 25 de marzo y que el Señor escogió, según convicción de María, para la entrada en su futuro convento.

Con acento casi lírico María escribe: "...En los días difíciles que siguieron a la primera guerra mundial, en el año 1919, el Señor inspiró a su indigna sierva, María de Jesús Crucificado (éste será más tarde su nombre en religión), para que abandonara la casa y la familia en el día de su Encarnación, día de su misericordia para con el linaje humano, día cuando el Verbo, la Palabra del Padre bajó sobre esta pobre tierra que por medio suyo había sido creada, eligió este santo día también para el inicio de esta su obra de amor y misericordia".

"El Señor ha hecho que, en aquellos días difíciles, llegase el llanto de los huérfanos y de las viudas al corazón de su pequeña sierva, en el cual, desde la infancia, había puesto amor y compasión para con los indigentes y enfermos, para con los niños pobres y abandonados. El ha hecho que ella escuchara y respondiera a la llamada para correr a socorrerlos y, después de la lucha..., ella ha respondido con prontitud a la voz de El y ha dicho en este santo día: 'Heme aquí, Señor, tu indigna sierva, que se haga en mí tu santa voluntad' " ¹⁶.

¿Cómo se había llegado a este importantísimo momento? Desde la hora en que María había prometido solemnemente al señor